

Prólogo

San Juan de Acre, viernes, 18 de mayo de 1291

A sí están las cosas en Outremer¹. En estos días de primavera y muerte a menudo tienes la garganta seca y te falta el aire, pero te seca más el alma la sospecha de que Dios, al final, se ha puesto de parte de los infieles. Sobre todo cuando al calor sofocante del sol de mayo, si es que aún te asomas a las almenas de las torres, se añade el de esa terrible arma incendiaria que es el fuego griego —que abrasa la corteza de la ciudad— y el de las hogueras en la plaza, donde arden los cuerpos robados a pedazos a las murallas demolidas... Y no importa si

¹ Nombre genérico dado a los Estados cruzados establecidos después de la Primera Cruzada y que se usaba como equivalente de Tierra Santa, Siria, Levante o Palestina.

no tienes ninguna culpa, si la culpa es toda de los italianos, de esos mercaderes y campesinos de Longobardía que han ido a Tierra Santa para hacerse llamar caballeros, y no saben ni siquiera cómo se empuña una espada ni cómo se espolea y se frena un caballo; han sido sus estragos en el bazar, los saqueos que han llevado a cabo en las aldeas, los que han desencadenado la ira de Dios y de al-Malik... No importa, no hay tiempo en la guerra para la culpa o la inocencia, pero hace falta mucha valentía ahora para luchar en el bando equivocado, porque si Dios te abandona, al final solo sientes, en cada fibra de tu cuerpo, el miedo a morir; nada más que eso: un miedo aterrador, insensato, que inhalas en el aire junto al olor del humo, y que tiene el sabor de una sentencia inapelable...

Sin embargo a los veinte años no, a los veinte años uno no se puede resignar... Hasta ayer tenías la cabeza llena de sueños, aunque fueran vagos, y de sed de futuro, y algunas veces bajo la luz de la luna — ¡qué inocencia si lo piensas ahora! — te sorprendías, acaso en los tiempos tranquilos de la tregua de Baibars, imaginando a alguien que se congratula contigo por una empresa de la que aún nada sabes, pero que estás seguro de que antes o después llevarás a cabo, ese destino tuyo luminoso que, a los veinte años, piensas neciamente que está escrito en las estrellas; te imaginas un porvenir en el halo cálido de la aprobación de otros, golpes afectuosos en la espalda y aplausos de la gente, no sabes ni siquiera por qué razón. Muy bien, estupendo, felicidades, Bernard... Ahora, en cambio, tan solo sabes que dentro de poco te pondrás la coraza y la cota de malla,

que te subirás al caballo y que es muy probable que mueras; los enemigos son diez veces más numerosos, únicamente puedes escoger cómo acabar: batiéndote como un león hasta las últimas consecuencias bajo la torre Maldita, o bien aplastado por la multitud que se apiña intentando llegar a los muelles, al barrio pisano, en la desesperación de la huida en la única dirección hacia la que se puede escapar, allí donde acaba la tierra y empieza el mar infinito... Al fin y al cabo nadie se fijará en cómo te vayas, cada cual, como tú, encerrado en el propio instinto de salvarse: ciego entre los ciegos, igual si huyes que si luchas hasta el último aliento, no eres más que una amalgama de carne y hueso moviéndose como un animal acorralado. Dos esclavos de los enemigos tirarán tu cuerpo entre otros miles en una fosa común y nadie sabrá jamás que tú también exististe, que tenías sueños y sed de futuro, que querías ser recordado en los libros, como Lancelot o Perceval, por tus enormes gestas.

No. A los veinte años uno aún no se puede resignar a todo esto...

En cambio su padre, junto a él, se ha bebido el caldo de un sorbo y se ha dormido enseguida. Tan solo le ha dicho:

—Intenta dormir tú también, Bernard; mañana tienes que dar lo mejor de ti.

Y ahora aún está allí, profundamente sumido en ese absurdo sueño suyo. Pero Bernard no lo consigue, se pregunta cómo puede estar su padre tan tranquilo la noche antes de morir, si de verdad se cree todas esas historias que

le ha contado sobre que el paraíso de los mártires espera a quienquiera que muera en la guerra contra el mal. O quizá solo sea que ha pasado de los cincuenta y que los recuerdos a esa edad empiezan a pesar más que las esperanzas. Y los recuerdos de su padre no valen nada: ni siquiera ha sido capaz de explicarle cómo murió la mujer que fue su madre, ni por qué se trasladó de Francia a San Juan de Acre llevándose a Bernard cuando era pequeñísimo, como una carga que tuviera que expiar.

—Y con el *malicidium* lavarás la culpa de haber nacido —le repite siempre, empleando el término que, según Bernardo de Claraval y la Iglesia, justifica matar a un infiel en la guerra.

Que había sido un pecado suyo de lujuria fue lo único que le confió su padre, nada más. Pero dentro de su corazón, él hace tiempo que se perdonó ese pecado; es más, teniendo en cuenta cómo se imaginaba su futuro hasta ayer, ni siquiera le parecía una culpa. Un chico a los veinte años confía, no puede más que perdonar a su propio padre por haberlo traído al mundo, por haberlo llevado allí e inesperadamente haberlo metido en tal follón...

No ha cerrado los ojos en toda la noche. Está tan claro como la luz del sol que el asalto final es inminente. Desde hace muchos días las máquinas de asedio —La Victoriousa, La Furiosa y los Bueyes Negros— no hacen más que vomitar rocas que pesan un quintal y proyectiles de fuego sobre el doble cerco de murallas, centrando su meticulosa labor de destrucción en la zona de la torre del Rey, cuya fachada externa hace ya tres días que cayó. De noche los

mamelucos —esos esclavos, casi todos turcos, islamizados e instruidos militarmente— allanaron los escombros y el foso con sacos de arena y el miércoles la tomaron. Entonces los cristianos construyeron una gata de madera para bloquearlos allí. Esta no es más que una máquina de guerra consistente en un techo montado sobre ruedas que sirve para protegerse al acercarse a las murallas. Pero es sabido que los hombres de una gata no pueden resistir mucho tiempo. Y el día de ayer fue nefasto; se intentó embarcar a las mujeres y a los niños, pero el mar estaba revuelto y las naves no consiguieron zarpar. Las mujeres también pueden servir como esclavas o para el placer de los soldados; los niños no, los niños no sirven para nada, los degollarán como a terneros. Así es como están las cosas en Outremer.

Ha decidido levantarse e ir a buscar a Daniel, para ver si al menos él ha podido conciliar el sueño en el otro dormitorio. Eso es exactamente lo que ocurre: está durmiendo como un bendito. Siempre ha envidiado a Daniel de Saint-brun, que tiene veinte años, como él, pero es tan distinto, tan seguro de sí mismo... Segundón de buena familia, se le nota que ha crecido entre los brazos tranquilizadores de una madre y no es hijo, como él, de la lujuria. Es rubio y guapo, de buen porte, destinado a mandar, y ya tiene esa actitud desenvuelta y decidida de quien hará carrera... «Sería una lástima —piensa— que tuviera que morir hoy». Siente piedad, la misma que siente por sí mismo: la comparte con su coetáneo para no sentirse solo, ahora que el tiempo y la nada le parecen la misma cosa, y se pregunta de qué lado está Dios en estos días de primavera y muerte.

Ellos, los *confratres* —sus «hermanos»—, vigilan las murallas más allá de la puerta de San Lázaro. Preferiría no hacerlo, pero en vista de que es el único despierto y debe guardarse dentro esa ansia que lo enfrenta consigo mismo durante aquellas últimas horas de paz aparente, decide subir al corredor de las murallas para tomar el aire y enfila el corredor subterráneo que lleva a la cinta exterior. Sube a la torre y alcanza la garita más cercana. Le propone al centinela de guardia el relevo para que al menos uno de los dos pueda recuperar un poco las fuerzas de cara a la última batalla. Así es como se queda a solas con la noche y el silencio. El aire es fresco y se respira bien ahora que el humo del asedio ha disminuido. Otea desde la tronera, ve las fortificaciones y, más allá, las tiendas de los musulmanes, sus luces de mar a mar, el *dihlîz* —o carpa— bermejo del sultán en la colina, donde estaban las viñas y la pequeña torre del Temple. Mira hacia arriba y ve el cielo estrellado a diestra y siniestra; reza para sus adentros, sabiendo que el mundo no es real. Aún no está preparado para pensar en la muerte que viene a truncarle la primavera...

El cansancio casi lo ha vencido, los ojos ya se le cierran, cuando vienen a sustituirlo. Vuelve a atravesar el subterráneo para regresar a la base templaria. Aún no ha amanecido, pero de pronto se escucha el horripilante redoblar de los tambores enemigos y los gritos enloquecidos. El ataque final ha comenzado. Se apresura y los encuentra a todos preparándose en el patio: sus *hermanos*.

—¡Rápido —grita su padre—, vístete!

Ve llegar, ya listo con su armadura, al gran maestre del Temple, Guillaume de Beaujeu; después, a Daniel de Saintbrun con el yelmo bajo el brazo, que le sonrío y parece muy excitado, como si se dirigiera a una cacería. Bernard va a coger sus armas y se pone la cota de malla de hierro que lo tapa de los pies a la cabeza. La capa y el vestido no, porque podrían incendiarse con las flechas de fuego. También coge el cinturón con la espada y la larga lanza, y el yelmo de hierro acolchado con cuero. Cuando vuelve al patio, están llegando los escuderos con los corceles aragoneses, los mulos y los rocines para dirigirse a sus puestos de combate: es sabido que no se usa el propio caballo para acercarse al campo de batalla, pues en el momento de la primera carga los corceles deben estar frescos...

El gran maestre, subido en su palafrén, da vueltas entre los caballeros e imparte órdenes. Bernard lo admira por su fe y su valentía. Recuerda la última vez que vino a pasar revista a los más jóvenes. Daniel no dudó en preguntarle por el miedo, por lo que se siente cuando se está en medio de la refriega, con el entrechocar de las espadas y las armaduras. El gran maestre sonrío mientras contestaba:

— *Oïl*, por supuesto que sientes el miedo dentro, en algún sitio, pero por suerte nosotros no estamos hechos como las mujeres, que pueden pensar en todo a la vez, sentimiento y lógica, emoción y cálculo, el amor, el odio y la lista de la compra; la naturaleza ha sido benévola con nosotros, nos ha hecho así: nosotros, los hombres, solo sabemos pensar en una cosa a la vez, a menudo ni siquiera

nos damos cuenta de que amamos... Y cuando estás concentrado golpeando y esquivando golpes, el miedo es grande, pero no piensas en él... Además nosotros, los templarios, somos doblemente afortunados: no tenemos miedo a morir. Para cualquiera de nosotros es mejor morir que caer en manos de los infieles, porque si hacen prisionero a un cristiano lo tratan con respeto, pero si capturan a un templario le hacen pagar la cuenta entera de la cruzada, y con propina. En efecto, disfrutaban con nuestra muerte como con un prolongado banquete. Para nosotros es preferible vencer o morir —había dicho—, porque rendirnos significa morir pagando intereses...

Y he aquí que llega jadeando, de la guarnición que defiende las murallas, Gérard de Monreal, y le dice a Beaujeu que los mamelucos han tomado la muralla exterior, que los hombres de la gata de madera han tenido que claudicar y retirarse, y que los musulmanes se han dirigido a la tronera y presionan sobre las murallas interiores. Los de la guardia han dejado las torres y el corredor y han derrumbado las galerías de paso. Ahora los infieles se baten bajo la torre Maldita y una parte de ellos se ha dirigido a la puerta de San Antonio, otra parte en cambio va hacia San Romano...

—Voy a prepararme... —concluye Monreal.

—No, tú no vienes —le ordena Beaujeu.

—Pero ¿qué dices...? —protesta Gérard de Monreal.

—Embárcate enseguida, ve a Chipre, escribe la crónica de nuestras gestas si alguien regresa y te las cuenta, y sobre todo salva los *nove*... —le dice el gran maestro.

Bernard no oye bien qué debe salvar Monreal. Los *nove...* ¿qué? Terminaba en *-rios...*, los *novenarios*, le pareció entender... ¿Versos? El mapa del nuevo Temple, imagina entonces, el secreto de los templarios: morirán para defender un misterioso mensaje en verso cuyo contenido ignoran... Pero ¿ahora qué le importa? Tan solo envidia a Gérard de Monreal, que debe salvarse para salvar algo por lo que, en cambio, todos ellos deben morir. Se sorprende pensando que solo desea estar en su lugar. ¡Si hubiera aprendido a escribir en lugar de a combatir...!

Entonces Beaujeu ordenó a la columna que se pusiera en marcha. Fueron al palacio de la Orden de los Hospitalarios y también ellos, después, se dirigieron veloces a la puerta de San Antonio...

Así estaban entonces las cosas en Outremer.

Pues en este día de primavera y de muerte, entre las dos murallas de San Juan de Acre, para reconquistar con su heroísmo la simpatía de Dios, treinta caballeros cristianos se aprestan a cargar contra una tropa de miles de infantes y arqueros musulmanes, y ya se sabe cómo acabará esto. Sobre todo porque los mamelucos son muchos, y además ordenados y disciplinadísimos: en primera línea están los que llevan escudos altos, y los plantan en el suelo ante la carga de la caballería enemiga; detrás están los arqueros, que tiran el fuego griego, y finalmente los lanzadores de jabalina y de flechas emplumadas. Frente a ellos, los cruzados se colocan en línea en torno a Guillau-

me de Beaujeu, que guía la carga. Bernard está entre Daniel y su padre. A la voz del gran maestre, gritan el lema:

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini Tuo da gloriam.*

Lanza en ristre, espolean a los corceles y ganan poco a poco velocidad bajo puñados de proyectiles de fuego, flechas y jabalinas. Cuando están ya muy cerca de los musulmanes, con el rabillo del ojo Bernard ve caer a Daniel a su derecha; no sabe si es él o su caballo el que ha sido alcanzado, pero no tiene tiempo de pensarlo, hay que avanzar todo lo posible y prepararse para ser repelidos aguantando los pies en los estribos. El impacto sobre el muro de escudos es violentísimo, la primera fila de infantes sarracenos es derribada por el ímpetu de los caballos y ensartada por las lanzas, que cuando aciertan se rompen sobre los cuerpos enemigos. La de Bernard ha traspasado a un soldado de la segunda fila, después de que su corcel haya arrollado a los de la primera.

Retroceden enseguida para preparar la segunda carga, vuelven atrás bajo una nube de jabalinas y flechas. Bernard ve en el suelo a Daniel y su caballo, muy cerca de la primera línea enemiga. Quisiera parar y cargarlo en el suyo, pero no puede, la disciplina es férrea entre los del Temple; el resultado de la batalla está claro, sin embargo cualquier error, incluso el más pequeño, puede comprometer las ya mínimas probabilidades de éxito. Y así es como sobrepasan, sin detenerse, también a un caballero inglés que ha perdido el corcel y se está retirando a pie. Está a un paso de ellos cuando es alcanzado entre las mallas de la arma-

dura por un dardo incendiado y debajo la cota se enciende. No pueden socorrerlo, y oyen sus gritos desgarradores mientras se abrasa como un caldero de pez.

Los mamelucos aprovechan la breve pausa para levantar los escudos y avanzar. Los cruzados se detienen a la altura de la retaguardia cristiana de a pie; después se dan media vuelta, cierran las filas, desenvainan las espadas y, a la señal del gran maestre, vuelven a salir enseguida al galope. Los turcos se detienen, plantan en el suelo sus escudos, pero la lluvia de flechas no para en ningún momento. Bernard ve que los mamelucos han alcanzado el punto en el que había caído Daniel, que ha desaparecido, y por tanto está acabado. Experimenta dolor, tiene miedo. Pero debe evitar el macabro espectáculo del caballero inglés que está frente a él, aún en pie, una antorcha de hierro, lenguas de fuego que escapan por cada ranura de la armadura... Y debe recuperar rápidamente la alineación con los demás, que están acelerando en el último tramo. El impacto es violento, la primera fila enemiga cae al suelo, los caballeros del Temple golpean donde pueden con las espadas y los escudos redondos. Se sienten invulnerables a caballo y con las pesadas armaduras de hierro, cada uno de ellos puede matar a decenas, pero esta fase del combate con las espadas es larga, y las llamas y el sol que avanza vuelven poco a poco abrasadoras las corazas y el yelmo; el humo del fuego griego es tan denso y negro que impide a los cristianos incluso verse unos a otros. Sudan, se asfixian y sus fuerzas disminuyen, los movimientos se vuelven cada vez más lentos y descoordinados. Ve caer a su padre, una flecha cla-

vada en la garganta entre el borde del yelmo y las mallas de la armadura. Querría llorar, pero no tiene tiempo: un turco hiere a su corcel. Entonces él lo golpea con toda la rabia que tiene en el cuerpo, para vengar a su padre, a Daniel, al caballo... Finalmente consigue instintivamente replegarse y, a medio camino entre la refriega y la retaguardia, el animal cae muerto en el suelo. Se vuelve a levantar en medio del humo y se pone a andar lo más rápido que puede bajo la lluvia de fuego. Entonces reconoce la silueta negra de Guillaume de Beaujeu, que lo supera: se está retirando y el gonfaloniero —el abanderado— va delante. A pie, se esfuerza por permanecer cerca de él. Ve que los cruzados del valle de Espoleto salen a su paso gritando:

—Señor, por favor, ¿adónde vais? ¡Si vos nos abandonáis, San Juan de Acre está perdido!

El gran maestre levanta el brazo y enseña la herida mortal que le ha abierto las carnes bajo la axila, donde por la prisa por intervenir no ha atado bien las láminas de la armadura. El dardo ha penetrado un palmo en su cuerpo.

—Busco un lugar más silencioso que este para morir —susurra, y se desploma sobre su magnífico caballo turcomano.

Solo ahora, todos lo saben, Outremer está realmente perdido.

Sus hombres desmontan de los caballos y lo sostienen, después lo colocan sobre un pavés largo. Bernard llega justo a tiempo para echar una mano en la tarea de arrastrarlo a pie hasta la puerta de San Antonio, donde encuentran cerrado el puente levadizo sobre el foso. Conti-

núan entonces hasta al puente que lleva a la morada de la *Damoyséle Marie*, y entran allí. Liberan al gran maestre de la armadura cortándole la coraza a la altura del hombro, le quitan con el máximo cuidado el dardo y desinfectan como pueden la herida, que no deja de sangrar. Guillaume de Beaujeu tiene los ojos abiertos, pero ni habla ni grita. Observa resignado lo que sucede, aprieta la muñeca de Bernard para darle ánimos...

Entonces deciden dirigirse al mar para intentar llevarlo en barca a los baluartes del Temple. En la playa encuentran a gente que intenta huir, se dice que los mamelucos ya han tomado la torre Maldita y derribado en San Romano las máquinas de guerra de los pisanos. Pronto estarán en el corazón de la ciudad vieja, solo la fortaleza de los templarios puede resistir aún algunos días más. Mientras tanto el gran maestre se ha desmayado y Bernard se da cuenta ahora de que está aterrorizado. El calor del esfuerzo y de las altas horas de la mañana es insoportable, empieza a temblar presa de incontrollables convulsiones y casi no puede ni respirar. Allí en la playa ya no lo necesitan. Decide entonces escapar. Atraviesa corriendo el barrio de Montmusart, entra en la ciudad vieja y se detiene a recuperar el aliento. Se esconde en un callejón, se acurruca, se quita la coraza abrasadora, dentro de la cual su angustia se cuece a fuego lento. Ahora, finalmente, puede llorar por su padre, por Daniel, por Guillaume de Beaujeu, por el final de Outremer... Pero en la placita adyacente oye gritos, observa la desbandada de mujeres y niños, y ve llegar a la primera cuadrilla de mamelucos que ha logrado entrar.

Mientras esperan a los demás, avanzan y se apoderan del botín. Ve a dos que han capturado a una chica muy joven, acaso de quince años, y están discutiendo quién debe quedársela. Han desenvainado las espadas e incluso empiezan a batirse en duelo entre ellos, mientras la chica intenta escapar. Pero uno de los dos se lanza sobre ella, la coge por el pelo. Con un golpe de cimitarra de inaudita violencia le corta la cabeza y se la lanza al compañero, que rompe a reír: un trozo para cada uno y tan amigos como antes. Así están las cosas en Outremer...

Se pone a correr por los callejones del barrio genovés, llega velocísimo al puerto, pero ya en la calle de los pisanos hay tantísima gente intentando huir por mar que parece imposible acceder a una galera. Aplastado entre la multitud, intenta de todos modos abrirse paso. Delante de él ve a una mujer embarazada, tumbada en el suelo, que ha muerto asfixiada por la multitud; encima de ella, la gente camina. Así están las cosas: los turcos están llegando, a quien no consiga enseguida subir a una nave le espera la masacre a ciegas; el mameluco es famoso por su crueldad, como demostró en Trípoli dos años antes. Se abre paso como puede con sus brazos vigorosos; si sobrevive se avergonzará para siempre de haber empujado a los viejos y a las mujeres para salvarse a sí mismo. No ve la hora de avergonzarse. Cerca del muelle largo divisa los mástiles de una gran nave que se ha ido a pique por sobrecarga aun antes de soltar amarras, cadáveres que flotan, gente que ha subido a bordo sin saber nadar. Después ve a un camarada que le hace gestos para que se acerque hacia un lugar del

muelle donde está a punto de zarpar el *Faucon*, la gran nave templaria. Empieza a dar codazos para alcanzarla, pues nadie cargará jamás a este populacho, y el rey y los barones hace ya tiempo que se marcharon.

Casi ha llegado al amarradero, donde algunos caballeros del Temple seleccionan el acceso, cuando nota una punzada, un dolor lacerante en la espalda, y ve la punta de una hoja de metal asomar ensangrentada por su pecho, bajo el hombro derecho. Alguien más feroz o más asustado que él, para llegar a la nave, se ha abierto paso con la espada.

Cae al suelo, un nudo en la garganta, el miedo a la oscuridad eterna. Asesinado por un cristiano mientras daba codazos entre mujeres y viejos, ni tan siquiera le espera el paraíso de los mártires... En algún sitio había oído el rumor de que, cuando se está a punto de morir, la vida pasa ante nuestros ojos en un instante. Será que vida ha tenido poca, pues no ve nada: entre una gran cantidad de pies, que tiemblan y se arrastran frente a él, solo un escorzo del mar que muere.

Primera parte

Egli era suo costume, quale ora sei o otto o più o meno canti fatti n'avea, quegli, prima che alcuno altro gli vedesse, donde che egli fosse, mandare a messer Cane della Scala, il quale egli oltre ad ogni altro uomo avea in reverenza; e poi che da lui eran veduti, ne faceva copia a chi la ne voleva. E in così fatta maniera avendogliele tutti, fuori che gli ultimi tredici canti, mandati, e quegli avendo fatti, né ancora mandatigli, avvenne che egli, senza avere alcuna memoria di lasciargli, si morì. E, cercato da que' che rimasero, e figliuoli e discepoli, più volte e in più mesi fra ogni sua scrittura se alla sua opera avesse fatta alcuna fine, né trovandosi per alcun modo li canti residui, essendone generalmente ogni suo amico cruccio che Iddio non l'avea almeno tanto prestato al mondo che egli il picciolo rimanente della sua opera avesse potuto compiere, dal più cercare, non trovandogli, s'erano, disperati, rimasi.

G. Boccaccio, *Trattatello in laude di Dante*¹

¹ «Cuando tenía siete o más cantos terminados, y antes de que cualquier otra persona pudiera verlos, se los enviaba al señor Can della Scala, hasta donde dicho señor pudiera estar, dado que nuestro poeta lo reverenciaba por encima de cualquier otro hombre, y solo hasta entonces hacía copias para quienquiera que se las solicitara. Y cuando los hubo escrito y enviádole todos, excepto los últimos trece, por olvidar que debía enviárselos, lo sorprendió la muerte. Sus hijos y sus discípulos buscaron una y otra vez, inútilmente, los cantos restantes entre los demás escritos del poeta, y todos sus amigos lamentaron que Dios no le hubiese dado vida y licencia para terminar lo poco que aún faltaba para completar dicha obra, y, cansados ya de tanto buscar y desesperados de no hallar nada, desistieron de su búsqueda». [Traducción de Francisco Almela y Vives: Giovanni Boccaccio, *Breve tratado en alabanza de Dante*. Publicado junto a: Dante Alighieri, *Vida nueva*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2000].

I

13 de septiembre de 1321

A mitad de mis días me iré a las puertas de los Infiernos».

Quién sabe por qué precisamente entonces le vinieron a la cabeza, mientras apoyaba un pie en tierra tocando cautelosamente el suelo, aquellas palabras misteriosas que había escrito el consejero de Acaz de Judea, el más grande entre los profetas de la era antigua... Acaso nos sucede a todos antes o después, justo en la mitad de una vida, a los treinta y cinco años, los que tenía también él: que uno pueda ser presa de una inexplicable sensación de vacío, como cuando se baila al borde del abismo. Sucede sobre todo si se ha extraviado el camino, y se camina dificultosamente

e inquieto entre los remolinos malsanos de la soledad, que repentinamente todo parece insulso, *vanitas vanitatum*, incluso el hecho de estar donde se está, si se había partido con otras aspiraciones. Si se quiere ser honesto con uno mismo, se debe admitir un medio naufragio; de otro modo se corre el riesgo de aferrarse a ilusiones fallidas, de crearse una coartada para el fracaso, de proseguir el viaje meciéndose entre las mentiras poco tranquilizadoras de una falsa consciencia...

Acaso es un instante aquel en que se percibe el engaño y se advierte, por encima de uno, el silencio insoportable de los cielos.

Allí en la oscuridad, tuvo la extraña sensación de que frente a sus pies, de un momento a otro, fuera a abrirse el abismo. La sensación de la vida de los demás, la sensación de la suya, allí donde estaba, y las historias de todos en ese instante le parecieron igual de poco importantes que las generaciones de malas hierbas que se suceden en los prados. Hubiera debido concluirla así, se preguntó cuál había sido el significado de la incongruente secuencia de hechos nimios que habían constituido su viaje...

Sin embargo, no tuvo tiempo de extenderse sobre esos pensamientos. Quizá porque había tenido que desmontar de su caballo y ahora lo conducía tirando de las bridas. Y porque debía prestar mucha atención a cómo avanzaba, a pie, muy lentamente y con esfuerzo, en la oscuridad absoluta del bosque en el que se había perdido. No tenía ni idea de cómo había acabado en esta selva intricable, una maraña de maleza en la que se quedaba a ca-

da paso enredado en la hiedra, en las zarzas, en los acebos, que le habían roto los calzones y la capa. Le sangraba el brazo que tenía libre, con el que a ciegas intentaba protegerse de las ramas espinosas. A veces parecía que las ramitas —al romperse— y los guijarros —al chocar— pronunciaran un chisporroteo incomprensible de consonantes, como el grosero insulto de un ronco juez infernal. «Es tu culpa», le pareció oír incluso, en un reproche de matorrales pisoteados. Ciertamente, era solo la voz de una conciencia inquieta, que suele torturar al torturado por el destino presentándole las adversidades como un castigo, y el castigo como la consecuencia de un pecado, sea cual sea.

En realidad no había culpa alguna en haber acabado allí como un ladrón cazado, en seguir caminos impenetrables para no caer en manos de enemigos ignotos, acaso solo imaginarios, acaso dispuestos a hacerle pagar las presuntas deudas de otro. La provincia de Italia es así, una tierra muy difícil, una guerra de todos contra todos. Ahora allí, en el bosque, las copas de los fresnos eran tan tupidas que ni siquiera un rayo de sol penetraba a través del follaje. En la oscuridad tan solo advertía el nerviosismo del caballo. El aire estaba caliente, inmóvil; tenía la garganta seca. Estaba sucio de tierra y de sangre, y su sed era insaciable.

Cayó otra vez — más de una había caído ya —. Cada vez resultaba más difícil volver a levantarse. Se esforzaba en mantener un rumbo fijo: si avanzaba siempre en la misma dirección, seguro que saldría. También los bosques se acaban tarde o temprano. Lo peor, sin duda, sería dar vuel-

tas sin rumbo. Le parecía que, si salía con vida, aquella sería una experiencia cargada de sentidos ocultos, tal como sucede a veces mientras se vive, que se avanza a tientas y nos dotamos en la oscuridad del camino de un destino provisional; y confiamos, avanzando sin saber nada, en salir antes o después a la luz, hallar el camino. Así es la selva del mundo.

Sin embargo, le costaba mucho esfuerzo mantener una ruta rectilínea. Percibía el comienzo de una subida —el bosque estaba en un valle—, entonces, quizá, si avanzara hacia la cresta de la colina, volvería a encontrar el sol y el camino que había perdido, o al menos habría empezado el descenso del último trecho de los Apeninos. Era necesario que se pusiera de nuevo en pie, que no perdiera la esperanza de la luz. Se levantó, pero tropezó enseguida con los retoños frescos de los carpes y cayó de nuevo como un peso muerto... Entonces las pestañas se le bañaron de desesperación, porque en la caída esta vez había soltado la brida, y había perdido el caballo, que ya no veía.

Cerró los ojos e intentó calmar su nerviosismo.

Entre las lágrimas que le humedecían los ojos, le pareció entonces distinguir un resplandor, el borde de un vestido blanco que se deslizaba hacia lo alto por el tronco de un arce; un ángel quizá, o un fantasma femenino. Se secó los ojos, levantó la mirada y vio que se trataba simplemente de un haz de luz que hería las copas impenetrables del bosque. El alma se le ensanchó, como un río que se convierte

en lago. Se apoyó con la mano en una rodilla y se puso de nuevo en pie. Dio algunos pasos. La subida era más abrupta y los árboles se espaciaban. Se dijo: «Lo he conseguido». Otro paso y desembocó más allá del margen del bosque, que daba a un páramo desierto de agrietada tierra roja; el paisaje le pareció irreal: una colina desnuda detrás de cuya cima se intuía la luz del sol naciente.

En la lejanía, en medio de aquella tierra seca, vio la letra *ele*, una gran *ele* mayúscula de pelambre moteada: era el *Lynx* —el Lince—, claro, lo reconoció... ¿O se trataba de un leopardo acuclillado lamiéndose un hombro? Se detuvo asustado y se preguntó dónde había acabado. La terrible aparición con forma de animal estaba aún allí, inmóvil, y ahora lo miraba. Estaba seguro de que se trataba de una visión demoniaca. Era una figura cambiante que, manteniendo la postura en *ele*, estaba asumiendo el aspecto del gran León; sí, era ya el soberbio león de espesa melena, que se levantó imponente sobre las cuatro patas, haciendo temblar el aire a su alrededor. Pensó que la *ele* sería una marca diabólica, la figura del rey del Infierno. A menudo el Maligno adopta la apariencia de animales que no son animales, hasta el punto de que cambian de aspecto como Proteo el informe. De hecho ahora la bestia se estaba ya convirtiendo en la Loba, una loba famélica, delgadísima, voraz, que un instante después de la metamorfosis lo localizó. Una bestia horrible y enorme que empezaba a avanzar babeante hacia él.

Se quedó inmóvil, listo para escapar hacia el bosque. De pronto la loba empezó a correr en su dirección, pero

él estaba como paralizado y no podía moverse. Advirtió entonces la presencia de un perro de caza. ¿El Vertragus, un galgo agilísimo? Un lebrel... salido de quién sabe dónde. Se había puesto a perseguir a la loba y ahora las dos bestias se acercaban a la carrera. Pero parecía que su cuerpo no le obedeciera, que su alma se hubiera separado, y el pensamiento de huir no se transformaba en ningún movimiento de las piernas. La loba estaba ya casi encima de él. Presa del pánico, pensó que había llegado el final, pero después vio que la tierra se retiraba aterrorizada. Vio el suelo abrirse delante de sus pies en una vorágine sin fondo, a la loba hundirse — con el lebrel en las costillas — abajo, abajo, hasta el corazón de magma de la tierra, que se la tragaba en el abismo del que había sido expulsada.

Abrió otra vez los ojos, sudado, aún presa del nerviosismo por la escena terrible que acababa de soñar, tanto que incluso le pareció tranquilizador el hecho de despertarse allí, en la oscuridad aún densa de un bosque infestado de auténticos lobos, en el mismo lugar donde había caído la última vez y donde se había quedado amodorrado. «Tal vez las pesadillas sirven para esto — se dijo —, para que nos parezca familiar la realidad más abrumadora del día que nos espera». El cansancio debía de haberle vencido y le había cerrado los ojos. Había perdido completamente la noción del tiempo. Le tranquilizó oír el relincho, allí cerca, de su caballo.

¿Qué era lo que había soñado entonces? La escena del primer canto de la *Comedia*, que había releído antes

de salir: el Lince, el León y la Loba, los tres símbolos de la lujuria, de la soberbia, de la avidez, que en la selva oscura le impiden a Dante el camino hacia la luz. Sin embargo, jamás había prestado atención a lo que el sueño ahora le había revelado: todos sus nombres empezaban por ele, las tres bestias habrían podido ser otras tantas manifestaciones de la *envidia primera*, de Lucifer, que las ha parido, y a quien el Vertragus, el lebrel, las devolverá. Cuando llegara a Rávena, le contaría el sueño a Dante Alighieri en persona, y se reirían juntos. Finalmente, quien se había convertido en el poeta más grande de todos los tiempos le hablaría, y él podría preguntarle en persona todo lo que deseaba saber y manifestarle todos sus interrogantes sobre el magnífico poema que estaba escribiendo. Le preguntaría a quién aludía con el misterioso lebrel del primer canto de la *Comedia*, y a quién después con el otro vengador, el *Quinientos diez y cinco*, el DXV. Acaso a un dux —el dogo, el más alto cargo de la república de Venecia— o a un comandante, según le parecía entender al interpretar las letras latinas del número, el enigmático mensajero divino anunciado al final del *Purgatorio*.

Había muchas cosas que preguntar. Solo tenía que seguir avanzando en aquellas tinieblas, salir de la selva oscura, volver a encontrar el camino hacia el mar, hacia el alba, hacia la antigua capital de Occidente. Miró a su alrededor, vio asomar entre las ramas altas de los árboles la luna cercana a la puesta de sol. Le dio la espalda y prosiguió en la dirección opuesta, tomando de nuevo las bridas de su caballo. En dirección opuesta al ocaso, hacia el Adriá-

tico, el mar del que surge el sol; ahora sabía adónde ir. Afortunadamente, pocos pasos después entrevió un sendero que hendía la maleza, aún demasiado impenetrable para recorrerlo a caballo, pero al término del cual se encontró en una explanada de tierra más grande. Volvió a montar en su cabalgadura y corrió a brida suelta en una dirección que se halla a mitad de camino entre la estrella Polar y Venus, que brillaba luminosa en el horizonte, allí donde pronto saldría el sol.

Lucifer, la estrella de la mañana, escolta del sol naciente.

Llegó al galope a la cresta de la última colina antes del litoral, se detuvo para que su corcel descansara y para curarse las heridas con la resina del tártago. Frente a él se abría la llanura, con los muros iluminados de una ciudad sobre el Adriático que ahora se veía en la distancia. El sol empezó a asomar precisamente entonces, un punto rojo en el límite extremo del mar en el sureste. No había niebla, y lo vio subir lentamente hasta convertirse en una bola de fuego apoyada en el horizonte. Lo había admirado al ponerse en el Tirreno, algunos años antes, pero nunca al salir del mar. «A la gente que vive por aquí —pensó— debe de parecerle algo corriente y, sin embargo, es una escena que llena de nueva energía. La naturaleza se despierta, los pájaros se ponen a cantar todos a la vez, el día empieza en pocos instantes: es la emoción del comienzo en su intensidad más pura... Quién sabe si el poeta en los últimos años ha respirado este anuncio de nueva vida, si aún se despierta pronto para no perderse espectáculos como este, ahora

que vive aquí, en la orilla del Adriático, donde el Po desciende para encontrar paz para sí mismo y para sus afluentes exhaustos de Lombardía».

Se tumbó bajo un pino a descansar, antes de retomar el camino.

Que había sido precisamente aquella la primera alba en que Dante no había vuelto a abrir los ojos — esos ojos que habían sido tan sensibles a cualquier mínima vibración de la luz — lo supo solo cuando finalmente llegó a Rávena y se puso a buscar posada en las viejas casas de la poderosa familia güelfa Traversari, en las inmediaciones de San Vitale. Había entrado por la puerta Cesárea colándose en la torre vigía de Santa Agata Maggiore, había atravesado un par de puentes sobre lo que quedaba de los canales de la antigua laguna, lechos cenagosos de ríos convertidos en secas cloacas de los que exhalaba un agrio hedor a putrefacción. «El sepulcro a cielo abierto — había pensado — del Imperio antiguo». Había desembocado después en la plaza de la iglesia de la Resurrección y había oído a un pregonero municipal mencionar el nombre del altísimo poeta. De este modo había sabido que el cadáver de Dante Alighieri, rodeado de laurel y acicalado como corresponde a un hombre de tal grandeza, por deseo explícito de don Guido Novello da Polenta, señor de la ciudad, había sido llevado en procesión desde su casa de Rávena hasta la iglesia de la Orden de los Frailes Menores, donde al día siguiente tendría lugar la ceremonia fúnebre.

Un vuelco en el corazón. Se había retirado bajo un pórtico, arrastrando consigo al caballo, para esconder las lágrimas. El largo viaje que había hecho para llegar hasta allí, para hablar con él, que era el único que hubiera podido ayudarlo..., todo inútil. Ni siquiera podría contarle nunca cómo el inmenso poema estaba convirtiéndose en la gramática de sus sueños.